

# La pata de Cupido



Lorena Pacheco



# La pata de Cupido



Lorena Pacheco

*La pata de Cupido*

Primera edición: septiembre, 2016

© Lorena Pacheco, 2016

Publicado por:

© Escarlata Ediciones S.L., 2016

[www.escarlataediciones.com](http://www.escarlataediciones.com)

Barcelona

ISBN: 978-84-16618-14-9

IBIC: FRD

Dirección editorial: Carla de Pablo

Corrección de estilo: María Florencia Di Tieri

Diseño de la cubierta: @Tsailanza Rayne

Imágenes de las cubiertas: @Shutterstock

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información por ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

## Prefacio

¿Pero qué demonios era lo que me pasaba? ¿Es que aquel maldito día no podía salirme nada a derechas? ¡Por el amor de Dios! Vaya. Resultaba irónico. ¡Maldita sea! Ya puestos, ¿por qué no los emparejaba con una piedra?

Me iban a despedir por incompetente. Ya me podía ir preparando para recibir una bronca monumental del Todopoderoso.

«Tierra, trágame», pensé; pero desgraciadamente, mis pies flotaban a través de las nubes.



# 1

## Introducción

¿Tienes idea de lo frustrante que resulta el amor? De acuerdo, seguramente estés pensando que tú, precisamente tú, lo has sufrido en tus propias carnes. Pero te aseguro que no al mismo nivel que yo, créeme. Porque yo no estoy hablando de un amor, de dos, ni de tres, no. Estoy hablando de todos los puñeteros amores del mundo, cuyas amarguras tengo que tragarme sin que sean siquiera mías.

No me malinterpretes: no es que la promiscuidad sea lo mío, sino que para mí el amor solo es trabajo; mi misión en la vida, por así decirlo. Desde siempre, la imagen que ha representado a mi cargo ha sido la de un querubín: un angelito adorable de mejillas sonrosadas y tirabuzones dorados, que se pasa todo el santo día en pañales y enseña su tripita, suave y redonda. Un tanto humillante, lo reconozco, y nada más lejos de la realidad.

Me han llamado de muchas formas diferentes a lo largo de la historia, así que emplearé la más común: Cupido. ¿Te suena, verdad? Aunque, en realidad, ese solamente es

el nombre de mi cargo, pues por aquí arriba se me conoce como Angélica, y, como te adelantaba hace un momento, el cuento del bebé sonrosado no tiene nada que ver conmigo.

Siempre he oído que cometer errores es cosa de humanos, y que el reconocerlos, de sabios. Pues bien, yo no seré humana (y supongo que sabía todavía menos), pero he cometido un error, y de los gordos.

Todo el mundo la ha pifiado en una u otra ocasión a lo largo de su vida profesional. Estas cosas pasan, ¿no? Ya... Pero resulta que mi jefe es mucho más duro de lo que la gente cree; y no es por dármelas de importante, te lo prometo, pero mi trabajo trasciende de manera única en la sociedad. Por eso, aunque me avergüence reconocerlo, soy consciente de que he metido la pata hasta el fondo.



## 2

# Amnesia

El recuerdo más antiguo que habitaba en mi memoria comprendía un inmenso reino donde, aparentemente, gobernaba la tranquilidad.

Abrí los ojos y allí estaba, rodeada de nubes blancas y esponjosas como algodones de azúcar. Como es lógico, imaginé que estaría inmersa en algún sueño, pero lo cierto es que no recordaba mi nombre, ni nada relacionado con mi vida. Más tarde me enteraría de que aquella amnesia era un rasgo habitual, dadas las circunstancias.

Desorientada, intenté levantarme, creyendo que acabaría colándome a través de la nube en la que me hallaba. Me sorprendí al comprobar que era más firme de lo que aparentaba; mucho más sólida que gaseosa.

¿Dónde diablos estaba? Si era algún tipo de broma, no tenía gracia alguna. Pero, ¿cómo iba alguien a organizar semejante escenario? No obstante, antes de que pudiera plantearme si había perdido la cabeza, un anciano de sonrisa apacible y traje blanco marmóreo de chaqueta

apareció a mi lado como por arte de magia, montando una lujosa cuadriga dorada, capitaneada por un hermoso caballo alado de un color gris muy claro.

—Bienvenida a tu nuevo hogar. —Su voz sonó profunda y elevada, como si las ondas pasaran a través de un altavoz.

—¿Mi nuevo qué?

—Dios quiere verte.

Que Dios quería verme... «¿Nos hemos vuelto todos locos?» fue lo único que pensé.

—Oiga, no sé quién es usted, pero esto no tiene ninguna gracia —repuse algo asustada.

—No te estoy contando un chiste.

—Entonces... ¿qué es lo que me está diciendo, que estoy muerta?

—Digamos que has pasado a una vida mejor.

—O sea, que he palmado. Lo que yo decía.

¿Venía de mi propio funeral? No recordaba nada en absoluto. Pero... ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué? ¡Estaba muerta!

—Dios te está esperando —insistió.

Y sin decir ni una palabra más, aquel anciano tan enérgico y tozudo me hizo montar en su carro celestial. Mientras el viento me agitaba con dulzura el cabello, me fijé en que aquel paisaje era como un enorme prado, con colinas y árboles por todas partes, pero siempre cubierto por aquella bruma blanquecina que enturbiaba la vista. No se veía nada más allá de las nubes.

—No recuerdo quién soy —dije por fin y rompí aquel silencio tan incómodo.

—Es normal. — «Nada de esto es normal», pensé para

mis adentros.

— ¿Esto es... el Cielo, no?

— Supongo que podríamos llamarlo así.

— ¿Y usted es...?

— Pedro. San Pedro para ser exactos, pero puedes tutearme.

¡San Pedro me pedía que lo tuteara! Definitivamente esto era demencial.

— Genial... Pedro. ¿Y cómo he muerto?

— Pronto obtendrás respuesta a cada una de tus preguntas. Sé paciente, el Señor te lo explicará todo. Sin embargo, antes deberás pasar por otro distrito.

— Pero...

— Aguarda, ya hemos llegado.

— Pero, ¿a dónde?

— Delante de ti.

No me había dado cuenta de lo que tenía delante de mis narices, puesto que las nubes lo habían envuelto delicadamente bajo su manto hasta el último momento. Solo a la distancia de unos pocos metros se podía vislumbrar la majestuosidad del edificio que se alzaba ante nosotros. Enmarcada en una gran plaza semicircular, se trataba de una construcción que me recordó a los antiguos templos de la Grecia Clásica, aunque parecía lógico pensar que esta se habría construido mucho antes. Su arquitectura demostraba una perfección casi imposible. Una colosal estatua de oro coronaba la fuente que se hallaba en el centro de la plaza. Parecía un hombre anciano, de cabellos y barba de considerable longitud, cuyo semblante infundía respeto e incluso temor.

La obra, flanqueada por columnas con capiteles dóricos,

desprendía un ligero fulgor cuando el mármol era bañado por el sol. En forma de relieve, en el friso, se podía leer una frase: «La justicia es la única ley posible».

—¿El Juzgado? —pregunté, sin entender demasiado.

—Así es. Antes de tu entrevista con Dios, deberás pasar primero esta prueba.

—¿Qué debo hacer? —Las piernas comenzaron a temblarme.

—Convéncete de que mereces quedarte.

¿Pero qué...?

—¡Si ni siquiera recuerdo lo que he hecho en mi vida! No sé si realmente lo merezco.

—Eso no será problema. Ellos ya lo saben. Basa tu defensa en cómo te sientes ahora mismo, en lo que estás dispuesta a hacer para permanecer aquí.

—Un momento... ¿Acaso no tengo un abogado? —pregunté con voz temblorosa.

El miedo se extendió por todo mi organismo como una bacteria poderosa, sedienta de la poca tranquilidad que debía subsistir muy en el fondo de mi ser.

—Me temo que no. Pero sí tendrás un fiscal.

¡Ah, qué bien! Eso cambiaba las cosas... pero para peor.

—¡Perfecto! —añadí irónicamente. Solté un bufido de frustración, abatimiento y casi rendición—. Esto no me puede estar pasando a mí. A ver si lo he entendido bien: no tengo abogado, he de defenderme sola ante acusaciones que ni siquiera recuerdo, ¿y encima un fiscal va a pedir que me manden al Infierno?

—No tiene por qué.

—Explícate —exigí, aun siendo consciente de que era algo temerario por mi parte tomarme esas confianzas.

—Dependiendo de tus actos, puede pedir la pena máxima o considerar que vayas al Limbo porque todavía no tienen claro dónde debes estar. Ya sabes que las cosas no son blancas o negras, hay toda una escala de grises de por medio. No sería apropiado mandarte directamente al Cielo si tienes algunos pecados medianamente importantes. Debes pagar por ellos, ¿comprendes?

—Creo que sí...

Intuía que el precio de aquellos pecados desconocidos no sería precisamente una ganga. Me iba a costar cara mi residencia en el Paraíso; si es que la conseguía...

—Como tampoco sería ético que, en tal caso, tu destino fuese el Infierno —continuó Pedro—. Es una decisión importante. No se puede juzgar almas a la ligera, puesto que está en juego su Eternidad.

La palabra «Eternidad» me dio escalofríos. ¿Y si finalmente me mandaban al Infierno? En tal caso, querría morir. ¿Pero cómo iba a conseguirlo si mis restos ya descansaban en paz? Un momento... ¿En paz? ¿De verdad? En fin, era un decir. Me esforcé por controlar un ataque de ansiedad que amenazaba con emerger de un momento a otro.

—No voy a engañarte: la decisión prácticamente está tomada, puesto que tus actos en la Tierra son, en mayor parte, tu salvación o tu condena. Pero aún puedes inclinar ligeramente la balanza a tu favor si realizas una buena defensa.

¿A mi favor? Eso no pintaba nada bien. Además, yo no me encontraba en condiciones de defender a nadie y mucho menos a mí. Ni siquiera me conocía, no sabía cómo era.

—Y ahora, baja. Te están esperando. Mucha suerte.  
—¡Pero yo no sé nada de Derecho!  
Mis palabras se perdieron entre los susurros del viento.  
Estaba sola.

Si deseas seguir leyendo  
puedes conseguir tu ejemplar,  
en formato digital o físico, en:

[www.escarlataediciones.com](http://www.escarlataediciones.com)

¡Muchas gracias por leer!

